

Cuando me senté a escribir estas líneas que ahora estoy compartiendo con ustedes, me asaltó una inquietud, ¿qué cosas se dicen o se deberían decir en un momento como este?, o mejor dicho, ¿Qué les quiero o deseo transmitir en un momento tan especial como el de hoy? Y ¿por qué lo caracterizo como un “momento especial”? porque hoy es el último acto de colación en este, su turno, el vespertino, presidido por la Señora del Águila. En este punto, me gustaría empezar aclarando que, por ello, hoy es un día de sensaciones encontradas, por una parte un día de fiesta, de mucha alegría, y por el otro, de cierta tristeza. Estamos homenajeando a una persona muy importante para nuestro querido Colegio. ¿Qué son las instituciones sin sus personas, sin su elemento humano, sin sus soportes de carne y hueso que le dan un sentido, un camino, una orientación en el día a día?

Nacida un 6 de enero, recibida un 9 de agosto con el título de Profesora Superior de Piano y Solfeo del Conservatorio “Fracasi”. Su diploma reza “10 puntos y felicitada”. Profesora del Liceo Nacional de Señoritas N° 11 y de los Colegios Nacionales N° 12 y N° 14. Profesora de nuestro Colegio, Jefa de Departamento y desde diciembre del 93 Vicerrectora del Turno Vespertino, quizás el cargo que más la enorgulleció.

Si por gustos musicales se refiere, confieso ser tan mozartiano o más que ella. Me hubiera encantado compararla con alguna heroína de las tantas maravillosas óperas del genio de Salzburgo; Susana, Sandrina, Konstanze, Doña Anna, Doña Elvira, Zerlina, Fiordiligi, Dorabella y Pamina, pero no encontré en ellas tantas virtudes comparables como en los personajes femeninos

de Puccini. Después de la serie de “piccole donne” predestinadas a sufrir (Manon, Mimi, Cio-Cio-San), Puccini descubrió en Minnie otro modelo de femeneidad: llena de delicadeza y bondad femeninas, pero al mismo tiempo una heroína, una amante apasionada y resuelta a defender su felicidad. Una mujer que puede situarse, junto a Tosca y Turandot, en la galería de personajes femeninos activos de Puccini. Quiero centrarme en esta última; la princesa china, resplandeciente, bella y orgullosa que nunca pertenecerá a ningún hombre. Aquí, en el Colegio, nuestra Turandot, mujer de temple y de coraje quijotesco no necesitó plantear tres enigmas, fueron todas certezas, supo desde el comienzo que su príncipe desconocido, Kalaf, éramos todos nosotros y en especial, sus queridos alumnos.

Hoy estamos homenajeando a una persona que plasmó toda una vida dentro de este Colegio, que se comprometió por entero con un proyecto, una vida entera transcurrida gran parte, entre estas mayólicas verdes. Por eso creo que las personas como la Señora del Águila dejan el sello de su existencia, de su ser, es decir, nada más y nada menos, que la misma trascendencia a la propia institución, que se evidencia en múltiples sentidos: en las sucesivas y numerosas camadas de alumnos, en sus colegas profesores, en su personal a cargo, en todos y en cada uno que ha transitado junto a ella. Creo que una de las mayores aspiraciones del hombre es poder trascender y la Señora lo ha hecho con sus prácticas, experiencias, vivencias, transmitiéndonos su pasión por este trabajo en el que todos estamos involucrados desde el primer día que atravesamos la escalinata de Bolívar. En ella hemos podido ver su humanidad, su profesionalismo, su compañerismo, su

inclaudicable compromiso con un proyecto, su fuerte apasionamiento en la búsqueda incesante de un ideal. Y este es un punto esencial a valorar y a destacar, porque hace mucho tiempo podría haber optado otro camino, sin lugar a dudas, mas tranquilo y mas apacible, podría haber elegido descansar, viajar, dedicarse al ocio, y, sin embargo, permaneció trabajando en el día a día, con todo lo que ello significa, no sólo pasar excelentes momentos sino también hacerle frente a la adversidad y a las dificultades.

Quiero hacer más unas palabras de un ex alumno de la señora del Águila que le hiciera llegar por carta desde Salamanca, España luego de enterarse de su nombramiento como Rectora interina “me despierto esta mañana con sensación de giro copernicano: recibo un correo electrónico con líneas escritas por la mujer sabia y elegante que me enseñó Música, pero sobre todo nobleza, hace más de una década (...) lleva Usted en su nombre la suavidad y la dulzura de la rosa; la inteligencia y la fuerza del águila. Que aflore todo ello y que se respalde en su confianza que- más o menos visiblemente- le estaremos haciendo sentir todos los que tuvimos la fortuna de compartir una parte de nuestra vida con Usted...”

Recientemente dijo un filósofo “el tiempo se acelera y todo se vuelve “pasado” cuando aún creemos que vivimos en el presente. Hay una célebre frase de Martín Heidegger, filósofo alemán del siglo XX: “Cuando el tiempo solo sea rapidez”. Hoy se vive así. El tiempo ya no es temporal, ya no lo entendemos ni lo vivimos como acontecer histórico. Sólo es instantaneidad, un vértigo que anula el pensar, un zapping que despierta emociones y las anula enseguida

pasando a otro tema, a otra cuestión, a otro lugar en el mundo”.

En estos tiempos de instantaneidad, de fluidez, de la búsqueda de cierto exitismo rápido y obviamente fugaz, su vida, Señora, nos hace valorar la importancia de la continuidad, de la perseverancia, del esfuerzo, de la búsqueda, ejemplo de toda una vida apostando a una meta, de una vida con un claro hilo conductor.

Rosa nunca te olvidaremos, tu huella es demasiado grande, la impronta de tu imagen perdurará en este, tu Colegio. Por eso quiero despedirte con el deseo que cantara Madama Butterfly a Pinkerton

“Un bel dí vedremo”

Un bello día volverás.